

De las damas y doncellas—la niña se despedía:  
 —Adiós, damas y doncellas—que andáis en mi compañía;  
 y si os pregunta mi padre—de lo bien que me quería,  
 que el se ha tenido la culpa—que yo marche *pa* Turquía.  
 A eso de la media noche,—cuando amanecer quería,  
 marchan los enamorados—para el reino de Turquía.  
 En los brazos de Leonardo—la niña se adormecía.  
 —Despierta, niña, despierta,—despierta por cortesía,  
 despierta, niña, despierta,—que ya vemos á Turquía.  
 —¿De quién son aquellas torres—que relucen en Turquía?  
 —Una era la del Rey,—otra de Doña María,  
 otra es la de mi esposa,—de mi esposa Lazandria.  
 —Por Dios me digas, Leonardo,—por Dios y Santa María,  
 ó me llevas por mujer—ó me llevas por amiga.  
 —Por esposa no por cierto,—que esposa yo otra tenía;  
 la vida tengo de hacerte—que á mí tu padre me hacía:  
 tengo darte de comer—á donde el cerdo comía;  
 tengo de hacerte la cama—á donde el galgo dormía.—  
 La niña desque esto oyera—ya se puso de rodillas:  
 —¡Oh, Virgen de Covadonga,—Señora adorada mía,  
 por Dios, señora, te pido—des al barco aquí otra vía!  
 Ibanse la mar abajo,—vuélvense la mar arriba.  
 —¡Rema, rema, remador,—rema, rema por tu vida!  
 —¿Cómo he de remar, señor,—si la niña maldecía?  
 A eso de la media noche,—cuando amanecer quería,  
 se hallan los enamorados—en el reino de Sevilla.  
 —Ahora canta, moro, canta,—que yo de ti me reiría.—  
 Nuestra Señora me valga,—válgame Santa María (1).

(1) L. Giner Arivau, *Folk-Lore de Proaza, contribución al Folk-Lore de Asturias*, en el tomo 8.º de la *Biblioteca del Folk-Lore Español*, Madrid, 1886, pp. 149-151.

Hay en este romance algunas reminiscencias del de *Don Duardos* de Gil Vicente (núm. 285 de Durán):

Al son de los dulces remos—la Infanta se adormecía.

## SECCIÓN SEGUNDA

### ROMANCES TRADICIONALES DE ANDALUCÍA Y EXTREMADURA

## ADVERTENCIA PRELIMINAR

Aunque la cosecha de romances castellanos, en ninguna parte del territorio español es tan abundante ni de tan selecta calidad como en Asturias, no dejan de encontrarse también en otras provincias, especialmente en las del Mediodía, si bien por lo común son versiones menos completas y más estragadas.

El primero que fijó la atención en los romances tradicionales de Andalucía (1) fué el ingenioso, ameno y castizo escritor D. Serafín Estébanez Calderón (*El Solitario*), que á sus dotes de pintor de costumbres juntaba rara erudición en cosas españolas, y un amor sin límites á todo lo indígena y tradicional. En 21 de Abril de 1839 escribía

(1) Alguna vaga indicación hay ya en los *Tales of the Alhambra* de Washington Irving, que son de 1829:

“Los arrieros españoles tienen un inagotable repertorio de cantares y baladas con las que se entretienen en sus continuos viajes. Sus aires musicales son severos al par que sencillos, y consisten en suaves inflexiones. Las coplas que cantan son casi siempre referentes á algún antiguo y tradicional romance de moros, ó alguna leyenda de algún santo, ó de las llamadas amorosas; otras veces, y esto es lo más frecuente, entonan una canción sobre algún temerario contrabanlista. Se siente una mezcla de severidad y encanto al oír estas estrofas en los agrestes y salvajes parajes en que se modulan, y más, yendo acompañadas del especial retintín de las campanillas de las mulas...”

(*Cuentos de la Alhambra*, por el Caballero Washington Irving. — Versión directa del inglés por J. Ventura Traveset. Granada, 1888, p. 23.)

desde Málaga á D. Pascual de Gayangos: «Por no perder tiempo, voy recogiendo algunos romances orales que se encuentran en la memoria de los cantadores y jándalos, mis antiguos camaradas; romances que no se encuentran en ninguna colección de las publicadas, ni antigua ni moderna. El uno es el romance de *Gerineldo*, otro es el del *Ciego de la Peña*, y me han prometido cantarme y dejarme aprender otro que se llama el de la *Princesa Ce-linda*, que sospecho pueda ser alguno de los moriscos del *Romancero general*. Si me preguntas por qué estos romances no se hallan impresos, de dónde han venido, por qué se han conservado en esta parte de Andalucía y no en otra parte, son cuestiones á que no podré satisfacer cumplidamente. Esto añade algo al *vague*, que tan bien sienta á esta quinta esencia de lo romántico. Por supuesto, que en estos cantares se sorprenden á veces versos y aun cuartillos casi íntegros de los antiguos romances, lo que hace conocer que son todos *débris* de una propia fábrica.»

En otra carta de 18 de Junio, añadía: «Ya creo que te dije que he reogido cuatro romances desconocidos, que andaban en la boca de los jándalos y cantadores del país. Éstos oyen mis tonadas moriscas con sumo gusto, y dicen que mi estilo es lo más *legítimo* que se oye, y que el *cante* del Señorito sabe al *hueso* de la fruta» (1).

Resulta, en efecto, de las confidencias de su ilustre biógrafo y cariñoso deudo D. Antonio Cánovas del Castillo, que «no sólo entre jándalos y cantadores, sino entre la gente principal solía echar el Solitario sus tonadas *moriscas* en los patios floridos de Sevilla, aunque no presumía de músico; y que de los romances moriscos, sobre

(1) *El Solitario y su tiempo...* por D. Antonio Cánovas del Castillo. Madrid, 1883, tomo 2.º, pp. 338 y 343.

«todo, creía poseer auténticamente los tonos, las exactas notas y el aire mismo con que por allá se modulaban al tiempo de la rebelión de la Alpujarra y de la total expulsión de los vencidos de aquella tierra» (1).

Júzguese como se quiera de estas que probablemente serían ilusiones, es lo cierto que D. Serafin Calderón tuvo el mérito de publicar antes que nadie dos romances populares de los mejores y más genuinos, el de *Gerineldo* y el de *El Conde del Sol*, intercalándolos en una de sus preciosas *Escenas andaluzas* (1847). Por comentario les puso estas líneas: «La música con que se cantan estos romances, es un recuerdo morisco todavía. Sólo en muy pocos pueblos de la Serranía de Ronda ó de tierra de Medina y Xerez, es donde se conserva esta tradición árabe, que se va extinguiendo poco á poco, y desaparecerá para siempre. Lo apartados de comunicación en que se encuentran estos pueblos de la Serranía y el haber en ellos familias conocidas por descendientes de moriscos, explican la conservación de estos recuerdos» (2).

D. Agustín Durán, que había pasado parte de su juventud en Andalucía, insertó en su gran *Romancero general* (1854) los dos romances publicados por Estébanez, y alguno más que éste le comunicó; haciendo notar que la gente del campo daba á este género de romances conservados por tradición, el nombre de *corrido* ó *carrerilla*, sin duda por el modo de recitarlos.

A estos eruditos siguió, con menos doctrina, pero con gran instinto de la poesía popular, la admirable mujer que hizo famoso en toda Europa el seudónimo de *Fernán Caballero*. Precisamente la vitalidad de sus novelas se debe en gran parte al empleo hábil de todo género de elemen-

(1) *El Solitario y su tiempo*, I, 302, y II, 122.

(2) *Escenas andaluzas...* primera edición. Madrid, 1847, pág. 211.

ros tradicionales, coplas, cantares, adivinanzas, oraciones, cuentos (1). Son varios los romances que intercaló en sus novelas, algunos viejos y genuinamente populares; y además acertó á describir con hondo sentimiento el peculiar efecto de su música. Léase esta página de *La Gaviota* (1856):

«El pueblo andaluz tiene una infinidad de cantos; son éstos boleras, ya tristes, ya alegres; el ole, el fandango, la caña, tan linda como difícil de cantar, y otras con nombre propio, entre las que sobresale el romance. La tonada del romance es monótona, y no nos atrevemos á asegurar que, puesta en música, pudiese satisfacer á los dilettanti ni á los filarmónicos. Pero en lo que consiste su agrado (por no decir encanto) es en las modulaciones de la voz que lo canta; es en la manera con que algunas notas se ciernen, por decirlo así, y mecen suavemente, bajando, subiendo, arreciando el sonido ó dejándolo morir. Así es que el romance, compuesto de muy pocas notas, es difícilísimo cantarlo bien y genuinamente. Es tan peculiar del pueblo, que sólo á estas gentes, y de entre ellas á pocos, se lo hemos oído cantar á la perfección; parécenos que los que lo hacen, lo hacen como por intuición. Cuando á la caída de la tarde, en el campo, se oye á lo lejos una buena voz cantar el romance con melancólica originalidad, causa un efecto extraordinario, que sólo podemos comparar al que producen en Alemania los toques de corneta de los postillones, cuando tan

(1) Para formar exacta idea del rico material folk-lórico que contienen las novelas de Fernán Caballero, es muy útil el siguiente opúsculo de Fernando Wolf:

*Beiträge zur spanischen Volks poesie aus den Werken Fernán Caballero's...* Viena, 1859.

Adviértase, sin embargo, que sólo da cuenta de las obras publicadas por la ilustre novelista hasta dicho año, 1859.

»melancólicamente vibran, suavemente repetidos por los ecos entre aquellos magníficos bosques y sobre aquellos deliciosos lagos. La letra del romance trata generalmente de asuntos moriscos (1), ó refiere piadosas leyendas, ó tristes historias de reos. Estos famosos y antiguos romances, que han llegado hasta nosotros de padres á hijos, como una tradición de melodía, han sido más estables sobre sus pocas notas confiadas al oído, que las grandezas de España apoyadas con cañones y sostenidas por las minas del Perú» (2).

Además de las poesías populares intercaladas en sus novelas, Fernán Caballero publicó dos colecciones: *Cuentos y poesías populares andaluzes* (Sevilla, 1859), y *Cuentos, oraciones, adivinas y refranes populares é infantiles* (1878), pero en una y otra prescindió de los romances, sin duda porque llegó á recoger muy pocos.

No son muchos tampoco los que se hallan en las numerosas y útiles publicaciones del grupo folk-lorista de Sevilla, nacidas en gran parte de la iniciativa y propaganda eficaz del malogrado joven D. Antonio Machado y Álvarez (*Demófilo*), á quien secundaron, con otros varios, el eminente escritor D. Francisco Rodríguez Marín (*Bachiller Francisco de Osuna*), el tierno y elegante poeta D. Luis Montoto, el ingenioso J. A. de la Torre y Salvador (*Micrófilo*), sin contar varios colaboradores de fuera de Andalucía. Resultado de este movimiento fueron los doce tomos de la *Biblioteca de tradiciones populares españolas* (1883-1886), las revistas tituladas *El Folk-Love andaluz* (1882), *El*

(1) Esto no parece muy exacto, pues de todos los romances andaluzes publicados hasta ahora, sólo hay uno que pertenezca al género de los moriscos.

(2) *Obras completas de Fernán Caballero*. (En la Colección de Escritores castellanos), tomo 2.º, *La Gaviota*, 173-174.

*Folk-Lore bético extremeño* (1883, Frexenal) y el *Boletín Folk-lórico español* (1885); las coleccioncitas de *enigmas* y de *cantes flamencos* de Machado, la segunda de las cuales dió ocasión al magistral estudio de Hugo Schuchardt sobre la fonética andaluza (1880-81), el opúsculo de *Micrófilo* sobre el *Folk-Lore de Guadalcanal* (1891), y otra porción de trabajos de mayor ó menor extensión, entre los cuales debe ocupar el primer puesto la opulenta colección de *Cantos populares españoles*, recogidos, ordenados y doc- tamente ilustrados por D. Francisco Rodríguez Marín (1882-1883).

Como en los cinco tomos de su colección el Sr. Rodríguez Marín se concreta á la poesía lírica, quedaron fuera de ella los romances; pero no ciertamente por olvido, sino para formar una colección aparte, que muy pronto verá la luz pública, según nuestras noticias. Como anuncio de ella pueden considerarse los interesantes romances inéditos que engalanan las páginas de este libro, y que el señor Rodríguez Marín nos ha facilitado con aquel noble desprendimiento que tan bien sienta en los que saben y valen lo que él.

Algunos de los modernos *folk-loristas*, separándose en esto de la antigua práctica literaria, han transcrito los romances con su propia ortografía fonética; y por mi parte, aunque me disuenan algo las palabras estropeadas, he creído que debía imitarlos, porque este sistema implica mayor fidelidad y puede dar útiles materiales á quien se dedique al estudio del dialecto andaluz, siguiendo las huellas de Schuchardt (1).

A los romances andaluces hemos añadido algunos procedentes de Extremadura, especialmente de la Extrema-

(1) *Die «Cantes Flamencos»*, por H. Schuchardt. Halle, 1881. (En el *Zeitschrift für rom. Philologie*, V.)

dura baja (provincia de Badajoz), región limitrofe y hasta cierto punto análoga en lenguaje y costumbres al reino de Sevilla, al cual pertenecen ahora algunos pueblos como Guadalcanal, que antes fueron extremeños.

Las muestras de romances andaluces recogidas hasta ahora nos hacen entrever ó adivinar la existencia de muchos más, que acaso podrían lograrse en la Andalucía alta (reinos de Jaén y Granada) que han sido muy poco explorados bajo este aspecto, y que por sus condiciones geográficas se prestan más á la conservación de tal género de poesía. Hasta ahora, casi todos los colectores, desde Fernán Caballero hasta Rodríguez Marín, han sido de Sevilla ó de los puertos, donde las reliquias de la poesía narrativa tienen que luchar, no sólo con la invasión de los elementos extraños, sino con el predominio de una poesía lírica popular extraordinariamente rica y que se renueva de continuo, al par que lo épico y legendario, allí como en todas partes, va borrándose de la memoria del vulgo.

Siendo muchos de estos romances versiones distintas de los que ya conocemos por la tradición asturiana, son aplicables á ellos las notas que en la sección anterior pusimos, y sólo advertiremos algo que peculiarmente se refiere á las variantes de Andalucía.